

—¿Cómo? ¿qué?—tartamudeó el banquero, sobresaltado.—¡Lo que queráis: me es igual!

Vandeuves empujaba ligeramente con el codo á Lucy Stewart, una lengua malévola, un espíritu feroz, cuando se salía de quicio. Aquella noche, Mignon le exasperaba.

—Ese es muy capaz de aguantarles la vela, le decía al conde. Espera que se repita el lance del pequeño Jonquier... Ya recordaréis, Jonquier, que estaba con Rosa y tuvo un capricho por Laura... Mignon se la proporcionó, y después se lo llevó del brazo á Rosa, como un marido á quien acababa de permitirse una calaverada... Pero esta vez, le va á fallar el tiró. Naná no debe ser de esas que devuelven los hombres que les prestan.

—¿Qué demonio tendrá Mignon, que mira tan severamente á su mujer?—preguntó Vandeuves.

Y al inclinarse, percibió á Rosa, que se estaba poniendo tierna con Fauchery. Esto le explicó la cólera á su vecina. Y repuso riendo.

—¡Demonche! ¿estais celosa, acaso?

—¡Celosa!—exclamó enfurecida Lucy.—¡Ah! ¡si Rosa tiene deseo de León, se lo cedo con mucho gusto! ¡Para lo que vale!... ¡Un ramo por semana, y aun!... Mirad, querido: todas esas mujeres de teatro son iguales. Rosa ha llorado de despecho al leer el artículo de León, sobre Naná; me consta. De consiguiente, como comprenderéis, quiere á toda costa un artículo para ella, y le conquista... ¡Yo voy á mandar á León á paseo; ya veréis!

Y se interrumpió, para decir al camarero que estaba á su espalda, con las dos botellas:

—Léoville.

Después, bajando la voz, añadió:

—No quiero armar un escándalo, no soy de esas que chillan y alborotan... Pero, de todos modos, ¡es una marrana! Si estuviese yo en lugar de su marido, le largaba una hermosa paliza... ¡Oh! ¡no creo

que se facilite largo tiempo! ¡no conoces á ese Fauchery! ¡vaya un sucio, que se pega á las mujeres para crearse una posición!... ¡Bonita gente!

Vandeuves intentó calmarla. Bordenave, descuidado por Rosa y por Lucy, enfadabase, gritando que dejaban morir á papá de hambre y sed. Esto produjo una oportuna distracción. La cena languidecía, nadie comía ya; empastábanse en los platos los pastelillos á la italiana, y las empanadas de ananá á la Pompadour. Empero el champagne, que se iba bebiendo desde la sopa, animaba paulatinamente á los comensales con una embriaguez nerviosa.

Empezábanse á guardar menos miramientos. Las mujeres se apoyaban de codos en la mesa, ante la desbandada del servicio: los hombres, para respirar, echaban atrás su silla; y los fraques negros hundíanse entre corpiños claros, y los hombros desnudos é inclinados adquirían un matiz de seda. Hacía demasiado calor: la claridad de las bujías se tornaba más amarillenta, condensada encima de la mesa. Por momentos, cuando una nuca rubia se inclinaba bajo una lluvia de rizos, los rayos de un prendido de diamantes resplandecían en lo alto de un peinado. Había ráfagas de alegría, ojos risueños y dientes blancos entrevistos al reflejo de los candelabros, ardiente en una copa de champagne. Se bromeaba en voz alta, se gesticulaba, en medio de preguntas que quedaban sin respuesta, y de llamamientos lanzados de uno á otro extremo de la estancia. Pero quienes más ruido movían eran los camareros, que creían encontrarse en los pasillos de su restaurante, empujándose, sirviendo los helados y los postres, con exclamaciones guturales.

—Hijas mías,—exclamó Bordenave,—no olvidéis que mañana hay función... ¡Cuidadito con el champagne!

—Yo—decía Fourcamont,—he bebido todos los vinos magnificables, en las cinco partes del mundo... ¡Oh! ¡li-

quidos extraordinarios, alcoholes capaces de matar á un hombre de repente... ¡Pues bien! nunca me han hecho daño. No puedo emborracharme. Lo he intentado; pero no puedo.

Estaba muy pálido, muy frío, recostado contra el respaldo de la silla y sin dejar de beber.

—No importa—murmuró Luisa Violaine;—acaba, basta ya... ¡Lindo fuera que hubiese de pasar, cuidándote, el resto de la noche!

Una chispita imprimía en las mejillas de Lucy Stewart las rojas llamaradas de los tísicos, mientras que Rosa Mignon se estremecía, húmedos los ojos. Tata Né, aturdida de haber comido demasiado, se reía vagamente de su necedad. Las otras, Blanca, Carolina, Simona, María, hablaban juntas, contando sus negocios: una disputa con su cochero, un proyecto de excursión campestre, historias complicadas con amantes birlados y devueltos. A todo esto, un joven, vecino de Jorge, habiendo querido besar á Lea de Horn, recibió una bofetada, con un: «¡Ea! ¡dejadme tranquila!», lleno de hermosa indignación, y Jorge, muy achispado, muy excitado por la vista de Naná, vaciló ante una idea que acariciaba gravemente: la de ponerse á gatas, debajo de la mesa, é ir á acurrucarse á sus pies, como un perrillo. Nadie le había visto, y allí se hubiera quedado quietecito, inmóvil. Después, habiendo dicho Daguenet al joven del beso, á ruego de Lea, que se estuviese tranquilo, Jorge, de repente, sintió un gran pesar, como si acabasen de reñirle á sí propio: ¡qué cena más necia, qué cena más triste, sin ningún aliciente! Daguenet, sin embargo, chanceando le obligó á tragarse un gran vaso de agua y le preguntó qué haría si se encontrase á solas con una mujer, cuando tres copas de champagne bastaban para tumbarle.

—Mirad,—repuso Foucarmont,—en la Habana hacen un aguardiente con una raíz silvestre; al verlo, parece fuego... ¡pues bien!... una noche me bebí más

de un litro. No me hizo efecto... Más aun; otro día, en las costas de Coromandel, los salvajes nos dieron yo no sé qué mezcolanza de pimienta y vitriolo; tampoco me hizo efecto... No puedo emborracharme.

Desde hacía un momento la figura de la Faloise, cuya cabeza se trastornaba, agitábase mucho, arrojándose á Gagá. Pero otra inquietud vino á aumentar su agitación; acababan de quitarle su pañuelo, y lo reclamaba con la terquedad de la embriaguez, interrogando á sus vecinos, inclinándose para mirar debajo de las sillas y de los pies. Y como Gagá tratase de tranquilizarle:

—Es una estupidez,—murmuró:—en un ángulo tiene mis iniciales y mi corona, eso puede comprometerme.

—¡Decid, señor Falamoise, Lamafoise, Malafoise!—exclamó Foucarmont, que encontraba muy ingenioso el desfigurar así, hasta lo infinito, el apellido del joven.

Pero la Faloise se enfadó. Habló de sus antepasados, tartamudeando. Amenazó con tirar una botella á la cabeza de Foucarmont. El conde de Vandevres hubo de intervenir para asegurarle que Foucarmont era un bromista. Todo el mundo se reía. Este le dejó estupefacto y le indujo á sentarse de nuevo; y comía con una obediencia infantil cuando su primo, engrosando la voz, le ordenaba que comiese. Gagá le había vuelto á tomar por su cuenta; y él, únicamente, de vez en cuando, lanzaba sobre los convidados miradas disimuladas y ansiosas, buscando siempre su pañuelo.

Entonces Foucarmont, anzado ya, atacó á Labor-dette, á través de la mesa. Luis Violaine procuraba hacerle callar, porque según decía, cuando se encontraba así cargante contra los demás, la cosa acababa siempre mal para ella. Foucarmont había inventado un chiste, consistente en llamar á Labor-dette: «señora», chiste que sin duda le gustaba mucho, pues

no se cansaba de repetirlo, mientras Labordette, tranquilo, se encogía de hombros, diciendo á cada vez:

—¡Calláos, querido; no seáis necio!

Pero como Foucarmont continuase y llegase á los insultos, sin saberse por qué, cesó de contestarle y se dirigió al conde de Vandevres, diciéndole:

—Caballero, haced callar á vuestro amigo... No tengo ganas de incomodarme.

Se había batido en dos ocasiones. Le saludaban y le admitían en todas partes. Hubo una sublevación general contra Foucarmont. La mesa se alegraba, encontrándole muy espiritual, más esa no era una razón para echar á perder la noche. Vandevres, cuyo rostro se iba tiñendo de color cobrizo, le exigió que devolviese su sexo á Labordette. Los demás hombres, Mignon, Steiner, Bordenave, muy excitados, intervinieron también, gritando, sofocando la voz. Unicamente el caballero anciano, á quien dejaban olvidado junto á Naná, conservaba su aire respetable, su sonrisa fatigada y muda, siguiendo con sus pálidos ojos esta batahola de los postres.

—¿No te parece, gatita mía, que tomemos el café aquí?—dijo Bordenave.—¡Se está aquí muy bien!

Naná no contestó en seguida. Desde el principio de la cena le parecía no estar ya en su casa. Toda aquella gente la había negado y aturdido, llamando á los camareros, hablando en alta voz, poniéndose á sus anchas, como si se encontrasen en el restaurante. Ella misma olvidaba su papel de señora de casa, no ocupándose más que del grueso Steiner, que reventaba de apoplejía á su lado, escuchándole, negándose aún con la cabeza, y sonriendo con la sonrisa provocante de regordeta rubia. El champagne que había bebido la había puesto sonrosada, húmeda su boca y brillantes los ojos; y el banquero ofrecía una cifra mayor, á cada movimiento zalamero de los hombros, á las voluptuosas ondulaciones de su cuello, cuando volvía ella la cabeza. Vea allí, junto á la oreja, un rincón-

cillo delicado, un raso que le trastornaba la razón. De vez en cuando, Naná, distraída se acordaba de sus convidados y procuraba ser amable, para demostrar que sabía recibir á la gente. Hacia el fin de la cena, estaba atontada; esto la cohibía, el champagne la mirreaba en seguida. Entonces, una idea la exasperó. Esas damas cometían una indecencia portándose mal en su casa. ¡Oh! ¡claro lo vea! Lucy había guiñado los ojos, para azuzar á Foucarmont contra Labordette, mientras que Rosa, Carolina y las demás exaltaban á los caballeros. Actualmente, el busilis estaba en no entenderse ya unos á otros, á fin de decir que en las cenas de Naná se permitía todo. ¡Pues bien! Ya verían quién era ella. Por más chispa que estuviese, ora, de todas, la de más *chic*, la más *comme il faut*.

—Gatita mía,—repuso Bordenave,—dí que nos sirvan el café aquí... Lo prefiero, á causa de mi pierna.

Pero Naná se había levantado brutalmente, murmurando á los oídos de Steiner y del caballero anciano estupefactos:

—¡Me está bien; esto me enseñará á invitar á la gente marrana!

Después, señaló con un gesto la puerta del comedor y añadió en alta voz:

—¡Ya lo sabéis: si queréis café, allí hay!

Todas se levantaron, empujándose hacia el comedor, sin reparar en la cólera de Naná. Y en breve, solamente quedó en el salón Bordenave, apoyándose en las paredes, adelantándose con precaución y echando pestes contra esas condenadas mujeres que se ciscaban en papá, ahora que ya estaban llenas. Detrás de él, los camareros levantaban ya el servicio, á las órdenes del mayordomo, dadas en alta voz. Precipitábase, empujándose, haciendo desaparecer la mesa como una decoración de magia, al silbido del tramoyista. Las damas y los caballeros debían volver al salón después de haber tomado su café.

—¡Diantre! aquí hace menos calor,—dijo Gagá con un ligero estremecimiento, al entrar en el comedor.

La ventana de esta pieza había quedado abierta. Dos lámparas alumbraban la mesa, donde el café estaba dispuesto, con los licores. Como no había sillas, bebieron el café en pie, en tanto que la batahola de los camareros, en el salón, aumentaba todavía. Naná había desaparecido; más nadie se preocupaba por su ausencia. Lo pasaban sin ella perfectamente, sirviéndose cada cual á sí mismo y registrando los cajones del aparador en busca de las cucharillas que faltaban. Habíanse formado varios grupos; las personas separadas durante la cena se reunían, y trocábanse miradas, risitas significativas y palabras que resumían las situaciones.

—¿No es verdad, Augusto,—dijo Rosa Mignon,—que el señor Fauchery habría de venir á almorzar un día de estos?

Mignon, que se entretenía jugando con la cadena de su reloj, fijó durante un segundo en el periodista sus ojos severos. Rosa estaba loca. Como buen administrador, ya pondría orden en semejante derroche. Por un artículo, pase; pero después, puerta cerrada. Sin embargo, como conocía de sobra la mala cabeza de su mujer y como tenía por regla permitirle paternalmente una necedad, cuando era preciso, contestó haciéndose el amable:

—Seguramente, nos honrará mucho... Venid mañana, señor Fauchery.

Lucy Stewart, que estaba hablando con Steiner y Blanca, oyó esta invitación, y encogiéndose de hombros, dijo al banquero:

—Es un frenesí que tienen todas... Una de ellas hasta me robó mi perro... Veamos, querido; ¿es culpa mía que vos la dejéis?

Rosa volvió la cabeza. Bebía su café á pequeños sorbos, mirando á Steiner fijamente, muy pálida; y toda la cólera contenida de su abandono pasó á sus

ojos, como una llamarada. Veía más claro que Mignon; era una estupidez haber pretendido repetir el lance de Jonquier; esas intrigas no salen bien si no una vez. ¡Tanto peor! Así poseería á Fauchery de quien se iba encaprichando cada vez más; y si Mignon no quedaba contento, mejor; eso le daría experiencia para otra vez.

—¿Presumo que no os batiréis?—vino á decir Vandevres á Lucy Stewart.

—No, no tengas cuidado. Pero, eso sí; que se esté quieta, ó sino, le saco al aire los trapillos.

Y, llamando á Fauchery, con un gesto imperioso:

—Querido,—le dijo,—en casa tengo tus zapatillas. Mañana haré que las lleven á tu portero.

El quiso bromear. Ella se alejó, con ademán de reina. Clarisa, que se había arrimado á la pared para sorber tranquilamente una copa de kirsch, se encogió de hombros. ¡Cuántos mareos por un hombre! ¿Acaso, cuando dos mujeres que se encuentran juntas con sus amantes, no es su idea primera birlárselos mutuamente? Esta es la regla. Ella misma, si quisiese, habría sacado los ojos á Gagá, á causa de Héctor; pero ¡quía! le tenía muy sin cuidado. Después, viendo pasar á la Faloise, se limitó á decirle:

—¡Vaya! ¡no sabía que te gustaban las de edad avanzada! ¡y no sólo las quieres maduras, sino pasadas!

La Faloise pareció muy contrariado. Permanecía inquieto. Viendo que Clarisa se burlaba de él, entró en sospechas.

—Dejémonos de bromas,—murmuró.—Tú me has quitado el pañuelo; devuélvemelo.

—¡No nos joroba poco con su pañuelo!—gritó Clarisa.—Veamos, imbécil; ¿con qué objeto te lo iba á quitar?

—¡Toma!—dijo él con desconfianza,—para enviarlo á mi familia, á fin de comprometerme.

Entretanto, Foucarmont daba un asalto á los lico-

res. Proseguía sus risitas mirando á Laborde, quien bebía su café, en medio de las damas. Y soltaba frases incompletas; ¡hijo de un chalan, y según otros, bastardo de una condesa; ninguna renta y siempre con veinticinco luises en el bolsillo! ¡criado de todas las rameras; un ente que nunca se acostaba!

—¡Jamás, jamás!—repetía él, incomodándose;—no puede ser, ya lo veis; es preciso que le abofeteé.

Y vació una copa de Chartreuse. La Chartreuse no le hacía el menor daño, «mi siquiera esto», decía, haciendo chasquear al borde de sus dientes la uña del pulgar. Pero, de repente, en el momento que se adelantaba hacia Laborde, se puso sumamente pálido y cayó delante del aparador, á manera de masa inerte. ¡Estaba borracho como una cuba! Luisa Violaine quedó desolada. Bien decía ella que la cosa acabaría mal; ahora ya podía prepararse á pasar toda la noche cuidándole. Gagá la tranquilizaba, examinando al oficial con ojos de mujer experta, y declarando que aquello no sería nada y que aquel señor iba á dormir de un tirón doce ó quince horas, sin novedad. Llegáronse á Foucarmont.

—¡Toma! ¿dónde estará Naná?—preguntó Vandevres.

Sí, positivamente, Naná había desaparecido al levantarse de la mesa. Acordábase de ella; todo el mundo la reclamaba. Steiner, inquieto desde hacía un rato, interrogó á Vandevres acerca del caballero anciano, que también había desaparecido. Pero el conde le tranquilizó, diciéndole que acababa de acompañar al anciano: un personaje extranjero, cuyo nombre no venía al caso mentar, un hombre riquísimo, que se limitaba á pagar las cenas. Después, como volviesen á olvidarse de Naná, Vandevres percibió á Daguene, que asomaba la cabeza por una puerta y le llamaba con una seña. Y entró en la alcoba, donde encontró á Naná sentada, rígida, blancos los labios, en tanto

que Daguene y Jorge la contemplaban, con ademán consternado.

—¿Qué tenéis?—preguntó sorprendido el conde.

Ella no contestó, ni volvió la cabeza. Vandevres repitió su pregunta.

—Lo que tengo,—gritó ella por fin,—¡lo que tengo es que no quiero que se burle de mí!

Entonces, soltó cuanto á la boca le vino. Sí, sí; no era una tonta, y veía claro. Se habían mofado de ella durante la cena, diciendo horrores para demostrar que la despreciaban. ¡Un hato de marranas que no la llegaban á la suela del zapato! ¡no sería la hija de su madre quien volvería á darse desazones para obsequiar á las gentes, á fin de que después la despedazasen á mordiscos! ¡Tentaciones le daban de poner á toda aquella gentuza de patitas en la calle! Y, sofocada de rabia, su voz se quebró en sollozos.

—Vamos, hija mía, tú estás borracha,—dijo Vandevres, empezando á tutearla.—Es preciso tener juicio.

No, ella se negaba de antemano; ¡no saldría de allí!

—Puede que esté borracha: ¡pero quiero que se me respete!

Desde hacía un cuarto de hora, Daguene y Jorge le suplicaban, en vano, que volviese al comedor. Mas ella, ferma en sus trece, decía que sus invitados podían hacer lo que les antojase, y que les despreciaba demasiado para volver á alternar con ellos. ¡Jamás! ¡jamás! Aunque la hicieran pedazos, no saldría de su alcoba.

—Hubiera debido desconfiar ya,—repuso.—Ese camello (1) de Rosa es la que ha urdido el complot: ahora no me cabe duda de que ha impedido que viniese la señora decente, á quien esperaba esta noche.

Se refería á la señora Robert. Vandevres le asegu-

(1) «Camello»: Vocablo de desprecio dirigido á una mujer. Mujer de mala vida que zarandea sus jorobas, como el camello las suvas.—(N. del T., tomada de Rigaud).

ró, bajo su palabra de honor, que la señora Robert había rehusado por sí misma. El conde escuchaba y discutía sin reírse, avezado á semejantes escenas, sabiendo de qué modo se ha de tratar á las mujeres; se hallan en este estado. Pero desde el momento en que intentaba cogerle las manos, para levantarla de su silla y llevársela, oponíase Naná, con un aumento de cólera. Además, nadie la convencería de que Fauchery no hubiese disuadido al conde Muffat de que aceptara el convite. Ese tal Fauchery era una verdadera serpiente, un envidioso, un hombre capaz de encarnizarse contra una mujer y destruir su felicidad. Porque, al fin lo sabía: el conde estaba encaprichado por ella, y ella hubiera podido hacérselo suyo.

—¿El conde, querida? ¡jamás!—exclamó Vandevres, olvidando su aplomo y riendo.

—¿Y por qué?—preguntó ella, seria, algo desembriada.

—Porque anda metido entre curas, y si os tocase con la yema de los dedos, iría á confesarse, al día siguiente... Escuchad un buen consejo. No dejéis escapar al otro.

Ella, durante un momento, quedó silenciosa, reflexionando. Después, se levantó y se fué á lavar los ojos. Sin embargo, cuando intentaban llevarla al comedor, continuaba gritando: ¡no! furiosamente. Vandevres salió de la alcoba, sonriendo y sin insistir más. Y, en cuanto se hubo marchado, tuvo Naná una crisis de enternecimiento y se arrojó á los brazos de Daguenet, repitiendo:

—¡Ah! ¡querido Mimi! ¡nadie como tú!... te amo, sí; te amo mucho... ¡Qué felicidad, si pudiésemos vivir siempre juntos! ¡Dios mío; cuán desgraciadas somos las mujeres!

Después, percibiendo á Jorge, que se ponía muy colorado viéndoles besarse, le besó igualmente. Mimi no podía tener celos de un chiquillo. Naná quería que Pablo y Jorge estuviesen siempre en buena inteligen-

cia, porque ¡sería tan grato vivir así, los tres, como buenos amigos, sabiendo que se amaban!

Pero un ruido singular les distrajo; alguien estaba roncando en la alcoba.

Registraron entonces, y vieron á Bordenave que, después de haber tomado su café, debía haberse instalado allí, cómodamente. Dormía sobre dos sillas, recostada la cabeza en el borde de la cama y estirada la pierna. Naná le encontró tan chusco, con la boca abierta y la nariz agitándose á cada ronquido, que no pudo menos de reírse como una loca. Salió de la alcoba, seguida por Daguenet y Jorge, atravesó el comedor y entró en el salón, riendo cada vez más fuerte.

—¡Ah, querida!—dijo,—echándose casi en los brazos de Rosa.—No podeis formaros idea ¡venid á verle!

Todas las mujeres hubieron de acompañarla. Tomábalas las manos con caricias, y las arrastraba consigo, en un arranque de jovialidad tan franco, que todos reían ya, sin saber por qué. La bandada desapareció; y regresó después de haber permanecido un minuto con el aliento suspendido, en torno de Bordenave tendido magistralmente. Y estallaron las risas. Cuando una de ellas imponía silencio, ofáanse á lo lejos los ronquidos de Bordenave.

Eran cerca de las cuatro. En el comedor acababan de disponer una mesa de juego, donde se habían sentado Vandevres, Steiner, Mignon y Labordette. En pie, á sus espaldas, Lucy y Carolina hacían apuestas, mientras que Blanca, adormilada, descontenta de su noche, preguntaba, cada cinco minutos, á Vandevres, si tardarían mucho en retirarse. En el salón, dedicábanse á bailar. Daguenet se había sentado ante el piano: «la cómoda» como decía Naná. Mimi tocaba valeses y polkas, á discreción. Pero la danza languidecía, y las damas hablaban entre sí, amodorradas en el fondo de los canapés.

De repente, oyóse un alboroto. Once jóvenes, que

acababan de llegar en cuadrillas, reñan muy alto en la antecámara, empujándose á la puerta del salón; salían del baile del Ministerio del Interior, de frac y corbata blanca, con rosetas de cruces desconocidas.

Naná, incomodada por este ruidoso asalto, llamó á los camareros que se habían quedado en la cocina, ordenándoles que echasen á aquellos señores á la calle; y juraba y perjuraba que en su vida los había visto. Fauchery, Labordette, Daguinet, todos los hombres se habían adelantado, para hacer que se respetase á la señora de la casa. Cruzáronse palabras fuertes y mostráronse los puños. Por un momento, pudo temerse un cambio general de pescozones. Entretanto un jovencito rubio, de aire enfermizo, repetía con insistencia:

—Vaya, Naná, la ótra noche, en casa de Peters, en el salón rojo... nos invitasteis... os acordáis?

—¡La otra noche, en casa de Peters! No, no me acordaba. Además ¿qué noche era aquella?

Y cuando el jovencito rubio le hubo indicado el día: el miércoles en casa de Peters; pero tenía casi la seguridad de no haber invitado á nadie.

—¡Sin embargo, hija mía, sí les invitaste!—murmuró Labordette, que comenzaba á entrar en dudas. ¡Tal vez tenías una chispilla!

Entonces, Naná se echó á reír. Era posible; no lo sabía. Finalmente, ya que esos señores habían venido, podían entrar. Todo se arregló; varios de los recién llegados encontraron conocimientos en el salón, y el escándalo acabó en apretones de manos. El jovencito rubio, de aspecto enfermizo, llevaba uno de los más ilustres apellidos de Francia. Por lo demás, anunciaron que en breve les seguirían otros; y, en efecto, á cada momento abríase la puerta y presentábanse nuevos visitantes, de guante blanco, y rigurosa etiqueta. Todos procedían del baile del Ministerio. Fauchery, en broma, preguntó si no vendría también el ministro. Pero Naná, ofendida, contestó que el ministro iba á

casa de personas que valían menos que ella. Lo que no decía, era una esperanza que había concebido: la de ver entrar al conde Muffat, entre aquel cortejo. Podía haber mudado de parecer. Y mientras conversaba con Rosa, acechaba la puerta.

Dieron las cinco. Ya no se bailaba. Sólo seguían impertérritos los jugadores. Labordette había cedido su sitio, y las mujeres habían vuelto al salón. Una somnolencia de velada prolongada condensábase allí, bajo la turbia luz de lámparas, cuyos globos enrojecían las carbonizadas mechas. Las damas se encontraban en esa hora de melancolía vaga en que sienten la necesidad de referir su historia. Blanca de Sivry hablaba de su abuelo, el general, en tanto que Clarisa inventaba una novela: un duque la había seducido en casa de su tío, donde solía ir á cazar jabalíes; y las dos, vueltas de espaldas encogían los hombros, preguntando cómo era posible contar semejantes embustes. Por su parte, Lucy Stewart confesaba tranquilamente su origen, recordando gustosa aquella época de su niñez cuando su padre, el engrasador del ferrocarril del Norte, le regalaba los domingos un pastelillo de manzanas.

—¡Oh! ¡dejad que os cuente!—gritó bruscamente la pequeña María Blond.—Enfrente de mi casa vive un caballero, un ruso, en fin, un hombre excesivamente rico. Ved aquí que, ayer, recibo un cesto de frutas; ¡pero qué frutas! melocotones enormes, uvas de este tamaño, en fin, cosa extraordinaria en esta estación... y en medio seis billetes de mil... Era el ruso... Naturalmente, se lo devolví todo; pero lo sentí mucho, especialmente por la fruta.

Las damas se miraron unas á otras, mordiéndose los labios. ¡Para su edad, la pequeña María Blond no tenía flojo aplomo! ¡Como si semejantes historias les sucediesen á las arrastradas de su especie! Entre ellas profesábanse el más profundo desprecio, enviando únicamente á Lucy, á causa de sus tres prínci-

pes. Desde que cada mañana daba Lucy un paseo á caballo por el Bosque, lo cual le había «danzado», todas montaban á caballo, poseídas de rabia.

Iba á amanecer. Naná separó la vista de la puerta, perdiendo toda esperanza. Aburriánse hasta reventar. Rosa Mignon se había negado á cantar la «Pantoufle», apelotonada en un canapé, donde sostenía una conversación en voz baja con Fauchery, esperando á Mignon, que había ganado ya una cincuentena de luisés á Vandeuvres. Un caballero gordo, condecorado y de aspecto grave, acababa de recitar el «Sacrificio de Abraham», en patués de Alsacia; cuando Dios jura, dice: «¡Sagrado nombre mío!» é Isaac responde siempre: «¡Sí, papá!» Sólo que, no comprendiéndola nadie, la romanza había parecido estúpida.

No sabían qué hacer para alegrarse, para acabar locamente la noche. Por un momento, ocurriósele á Laboriette denunciar las mujeres al oído de la Faloise, quien iba dando vueltas alrededor de cada una de ellas, mirando si tenía puesto su pañuelo en el cuello. Después, quedando todavía botellas de champagne en el aparador, los jóvenes se pusieron á beber de nuevo. Llamábanse unos á otros, se excitaban; pero una embriaguez sombría, necia hasta dar ganas de llorar, invadía el salón, insensiblemente.

Entonces, el pequeño rubio, el que llevaba uno de los más ilustres apellidos de Francia, no sabiendo qué inventar ya, y desesperado de no encontrar algo que hiciese gracia, tuvo una idea: cogió su botella de champagne y acabó de vaciarle en el piano. Todos los demás se retorcieron de risa.

—¡Toma!—murmuró con asombro Tata Nené, al ver aquello:—¿por qué echará champagne en el piano?

—¡Cómo! ¡hija mía! ¿ignoras eso?—repuso Laboriette, con gravedad.—No hay cosa como el champagne para los pianos; el champagne les da mejor sonido.

—¡Ah!—murmuró Tata Nené, convencida,

Y viendo que los demás reían, se enfadó. ¿Qué sabía ella de estas cosas?

Decididamente, aquello se degradaba. La noche amenazaba acabar de una manera sucia. En un rincón María Blond disputaba con Lea de Horn, acusándola de que se acostaba con hombres que no tenían un cuarto; y las dos habían llegado ya al punto de lanzarse sucias palabrotas, y de arañarse. Lucy, que era fea, las hizo callar. La cara es lo de menos; lo que conviene es estar bien formada. Más lejos, en un canapé, un agregado de embajada había ceñido con el brazo la cintura de Simona, intentando besarla en el cuello; pero Simona, deslomada, mal humorada, le rechazaba cada vez, con un: «¡No me fastidies!» y soberbios abanicazos en la cara. Por lo demás, ninguna de ellas quería que la tocasen. ¿Las tomaba acaso por prostitutas? Sin embargo, Gagá, que había vuelto á atrapar á la Faloise, le tenía casi sobre sus rodillas, mientras que Clarisa, entre dos caballeros, desaparecía, agitada por una risa nerviosa de mujer á quien hacen cosquillas.

En torno del piano, continuaba la bromita en un arrebató de necia alegría; empujábanse unos á otros, cada cual quería vaciar allí el resto de su botella. Era un jueguito sencillo y gracioso.

—¡Toma! ¡viejo mío, bebe un trago! ¡Diantre! no tiene poca sed ese piano. ¡Atención! ¡ahí va otro trago! ¡que no se pierda ni una gota!

Naná, vuelta de espaldas, no veía. Consagrábase decididamente al grueso Steiner, que estaba sentado junto á ella. ¡Tanto peor para Muffat! ¡él se tenía la culpa, por no haber venido! Con su bata de seda blanca, ligera y arrugada como una camisa, su medio chispa que la hacía palidecer, y amortiguados los ojos, ofrecíase con su tranquilo aire de buena muchacha. Las rosas de su peinado y de su pecho se habían deshojado, quedando sólo los rabos. Pero Steiner retiró vivamente la mano de la cintura de Naná, donde aca-



baba de tropezar con los alfileres que allí pusiera Jorge. Aparecieron algunas gotas de sangre; y una de ellas cayó sobre la bata y la manchó:

—Con esto queda firmado el pacto,—dijo ella gravemente.

El día avanzaba. Una claridad dudosa, de una tris-teza atroz, entraba por las ventanas. Entonces, comenzó el desfile, una desbandada llena de malestar y de mal-humor. Carolina Hécquet, enfadada por haber perdi-do una noche, dijo que era tiempo de irse, si no querían asistir á lindas escenas. Rosa hacía una mue-ca de mujer comprometida. Lo mismo ocurría siem-pre, con tales muchachas; no sabían cómo portarse, y se mostraban displicentes, hurañas.

Pero como quiera que Mignon hubiese dejado en se-co ya á Vandevres, emprendió el matrimonio la re-tirada, sin inquietarse por Steiner, después de haber invitado á Fauchery para el día siguiente.

Entonces, Lucy se negó á que la acompañara á su casa el periodista, diciéndole en alta voz que se fuese con su comiquilla. Al oír esto, Rosa, que se había vuelto, contestó con un «¡mala grúa!» (1) entre dien-tes. Pero ya Mignon, paternal en las querellas de mu-jeres, experimentado y superior, la había empujado ha-cia fuera, rogándole que se diese prisa. En pos de ellos Lucy, completamente sola, bajó regiamente la es-calera. Después, siguió la Faloise á quien Gagá con-ducía, enfermo, sollozando como un niño y llamando á Clarisa, escabullida hacía largo rato con sus dos señores. Simona había desaparecido también. Solamen-te quedaban Tata, Lea y María de quienes Laborde-tte tuvo á bien encargarse con su habitual compla-cencia.

(1) *Grúa*, en caló teatral, es la muchacha dotada de belleza, de dinero y de vestidos en cantidad suficiente, para obtener el desempeño de un papel secundario, donde exhibe sus hombros, sus diamantes y su necesidad. Así, levanta á los caballeros de la platea, como la grúa los fardos. (N. del T. to-mada de Rigaud.)

—¡Pero yo no tengo ganas de dormir!—repetía Na-ná.—Habríamos de hacer algo.

Miraba al cielo á través de los cristales, un cielo livido, por el que corrían nubes de color de hollín. Eran las seis. Enfrente sobre la acera opuesta del bu-levar Haussmann, las casas, todavía dormidas, osten-taban sus húmedos tejados, en la tenue claridad; mien-tras que, en la desierta calzada, pasaba un grupo de barrenderos, con el ruido de los zuecos. Y, ante este afligido despertar de París, encontrábase poseída Na-ná de un enternecimiento de niña, de una necesidad de campo, de idilio, de algo suave y blanco.

—¿Sabéis una cosa?—dijo, volviéndose hacia Stei-ner:—¡vais á llevarme al Bosque de Bolonia, y allí beberemos leche!

Palmoteaba, al decir esto, con gozo infantil, y sin esperar la respuesta del banquero que, naturalmente, consentía, contrariado en el fondo y soñando en otra cosa, corrió á echarse un abrigo sobre los hombros. En el salón no quedaba, con Steiner, sino el grupo de jóvenes, quienes, habiendo vertido en el piano has-ta la última gota de las copas, hablaban de marcharse, cuando uno de ellos se presentó triunfalmente, llevan-do en la mano una última botella, que acababa de encontrar en la despensa:

—¡Esperad, esperad!—gritó;—¡una botella de Char-treusel... ¡Vaya, necesitaba Chartreuse; esto le repon-drá!... Y ahora, hijitos, larguémonos. ¡Somos unos ne-cios!

En el tocador, Naná hubo de despertar á Zoé, quien se había dormido en una silla. El gas ardía. Zoé es-tremecida por un escalofrío, ayudó á su señora á po-nerse un sombrero y el abrigo.

—Al fin, ya está; he hecho lo que querías,—dijo Naná tuteándola, en un arranque de expansión, ali-viada por haber tomado un partido.—Razón tenías: lo mismo da el banquero que otro cualquiera.

La doncella estaba malhumorada, entorpecida aún; y gruñó que la señora hubiera debido decidirse la primera tarde. Después, mientras la seguía al pasar por la alcoba, le preguntó qué era lo que debía hacer con aquel par. Bordenave seguía roncando. Jorge, que había venido cazarmente á hundir su cabeza en una almohada, acabó por dormirse, con un ligero aliento de querubín. Naná contestó que les dejara dormir. Mas enternecióse de nuevo, viendo entrar á Daguinet; éste la había acechado desde la cocina y traía el aire muy triste.

—¡Ea, querido Mimi; sé razonable!—dijo ella, enlazándole con sus brazos y besándole con toda especie de mimos.—Esto no cambia nada; á quien amo únicamente, es á Mimi... ¿No es verdad?... ¡era preciso!... Y te juro que será más gracioso todavía. Ven mañana, y combinaremos las horas... Pronto, ¡dame un abrazo de los tuyos!... ¡Oh, más fuerte, más fuerte aun!

Y se escapó, yendo á reunirse con Steiner, feliz, poseída de nuevo por su idea de beber leche. En el salón vacío, el conde de Vandevres permanecía solo, con el caballero condecorado que había recitado el «Sacrificio de Abraham», clavados ambos ante la mesa de juego, no sabiendo donde estaban, ni advirtiendo la luz del día, mientras que Blanca había tomado la resolución de tenderse sobre un canapé, para ver de conciliar el sueño.

—¡Ah, Blanca vendrá con nosotros!—gritó Naná.—¡Vamos á beber leche, querida!... ¡Venid; aún encontraréis á Vandevres cuando volvamos!

Blanca se levantó perezosamente. Esta vez, la faz congestionada del banquero palideció de contrariedad, á la idea de llevar consigo á aquella mocetona, que les estorbaría. Pero las dos mujeres le habían agarrado ya de los brazos, repitiendo:

—Ya lo sabéis; queremos que se ordeñe en nuestra presencia.

## V

Dábase, en Variedades, la trigésima cuarta representación de la «Rubia Venus.» Acababa de terminar el acto primero. En el «foyer» de los artistas, Simona, vestida de lavanderita, estaba en pie ante la consola provista de un espejo, entre las dos puertas del ángulo que se abrían en escuadra sobre el pasillo de los cuartos. Completamente sola, examinábase, y con el dedo tocaba los efectos del colorete, mientras que los mecheros de gas, á los dos lados del espejo, la calentaban con sus chorros de cruda luz.

—¿Ha llegado ya?—preguntó Prullière, entrando, vestido de almirante suizo, con su gigantesco sable, sus enormes botas y su inmenso penacho.

—¿Quién?—dijo la Simona sin volverse, y riendo al espejo, para ver sus labios.

—El príncipe.

—No sé; voy á bajar... ¡Ah, con que ha de venir! ¡por lo visto, viene todas las noches!

Prullière se había aproximado á la chimenea, situada frente al espejo, en la cual ardía fuego de cok; otros dos mecheros brillaban allí, con esplendente llama. Levantó la vista, miró el reloj y el barómetro, á derecha é izquierda, sostenidos por doradas esfinges de la época del Imperio. Después, se repantigó en un amplio y acolchado sillón, cuyo terciopelo verde, desgastado por cuatro generaciones de cómicos, había adquirido amarillentos matices; y permaneció así inmóvil, fija la mirada en el vacío, y en la actitud resignada y aburrida de los artistas habituados á las esperas de su salida en escena.

El viejo Bosc acababa de comparecer á su vez, arrastrando los pies, tosiendo, envuelto en un antiguo carrik amarillo, uno de cuyos paños, resbalado de un hombro, dejaba ver la casaca bordada del rey Dagoberto. Durante un corto rato, después de haber de-